

INFORME SOBRE EL RITO DE PURIFICACION DEL RECIEN NACIDO Y DE SU MADRE ENTRE LOS MAKIRITARE

Hace más de cinco años se inició en Venezuela, entre las tribus Makiritare (ye'cuana) y Shirishana (sanemá), un programa de desarrollo humano integral a cargo de la Fraternidad de los Hermanitos de Jesús del Padre Charles de Foucauld, con la colaboración del Instituto Caribe de Antropología y Sociología de la Fundación La Salle de Ciencias Naturales. A orillas del río Erebato se fundó un poblado indígena, al cual se dio el nombre de Santa María de Erebato (*Höwötö ña* en nombre indígena), en donde viven permanentemente los religiosos Juan Francisco Nothomb, Superior de la Fraternidad en Venezuela, Enrique Portal y René Bros, tres Hermanitas y un ingeniero agrónomo contratado por la Fraternidad. El presente informe contiene tanto las observaciones personales de los Hermanitos, como el relato hecho a ellos por las Hermanitas, quienes presenciaron la ceremonia de purificación por invitación de las mujeres Makiritare del pueblo. Los nombres de personas citados en el texto, con excepción de Enrique, que se refiere al religioso mencionado, son los nombres reales de los indígenas que aparecen en la descripción. La redacción original es del Hno. Juan Francisco Nothomb.

LUIS R. OCANDO ORIA
Director del Instituto Caribe
de Antropología y Sociología

La esposa de Andrés acaba de tener una niña. El abuelo materno, Pedro Antonio (*capitán* de la tribu) vino a anunciármelo al mediodía, radiante de alegría. Según lo exige la costumbre, la madre dio a luz sobre la tierra. Como su casa tiene piso de cemento, el alumbramiento tuvo lugar en la pequeña sala que sirve de cocina, cuyo piso es de tierra. A partir del nacimiento comenzó para el padre, como para la madre, una serie de prohibiciones, que todavía no conozco en su totalidad. Todo lo que sé es que ciertos alimentos les son prohibidos y que ni el uno ni la otra asistieron a la sesión

de cine que tuvo lugar al día siguiente del nacimiento. Por otra parte, la joven madre y su hija permanecieron en la pieza donde había tenido lugar el parto. Al cuarto día se desprendió el cordón umbilical de la niña y al día siguiente tuvo lugar la ceremonia de la purificación.

En la mañana de ese día, cuando nos dirigíamos a la capilla para decir la misa, Enrique y yo escuchamos los cantos que salmodiaba Manolo, quien en general oficiaba en estas circunstancias. Eran las 6:45 de la mañana. Manolo cantaba en la pieza en donde se encontraba la madre con la niña. Cantó durante un largo tiempo, aproximadamente hasta las 8:00 de la mañana. Llegado este momento, una lenta procesión se puso en marcha hacia el río, en el orden siguiente: a la cabeza, Pedro Antonio, el abuelo, seguido de Manolo, el cantor; a continuación, la madre llevando a su hija; luego Andrés, el padre; detrás, la abuela materna, llevando de la mano al hermano y la hermana del recién nacido, niños de cuatro y dos años, respectivamente, y portando también un *kánkudo* ⁽¹⁾ que contenía hierba y trozos de una madera muy olorosa, recientemente cortada para la ocasión. Cerrando la procesión, Teresita y su hermana, hijas de Pedro Antonio, la una llevando un tamiz y la otra con dos brasas encendidas. Por último, se unieron a la procesión la tía-abuela materna y las Hermanitas. Los parientes del padre estaban ausentes porque viven en otro poblado. Todo el mundo cantaba, con excepción de las Hermanitas.

La procesión llegó al río. Pedro Antonio se sentó en una curiara ⁽²⁾ la madre se sentó sobre una piedra al lado de la curiara. Todos los demás se sentaron cerca del río en grupo cerrado. Andrés, el padre, que llevaba en la mano algunas hojas de tabaco, enrolló con ellas dos largos cigarros y los pasó a Manolo; éste los encendió con las brasas y los dio a Pedro Antonio, quien comenzó a fumar los dos a la vez. Durante este tiempo, Pedro Antonio y Manolo cantaban; era un canto de tono netamente litúrgico, una especie de salmo o cántico. Pedro Antonio cantaba cara al río, sin una mirada ni a derecha ni a izquierda; estaba muy recogido; todos, por otra parte, estaban también muy recogidos, aunque los dos niños, Cedrico y Lupita, hermano y hermana del recién nacido, jugaban como corresponde a su edad. El canto duró largo tiempo, pero en dos oportunidades se interrumpió, y durante cada interrupción Pedro Antonio y Manolo, cada uno a su vez, soplaron tres veces sobre el *kánkudo* que contenía las hierbas.

Una vez terminado el canto, Pedro Antonio se levantó y dijo: "*Edwua*" (lo cual quiere decir "henos aquí"). En ese momento las dos brasas fueron lanzadas al río. En seguida Pedro Antonio tomó el *kánkudo*, en el cual se había vertido agua del río al comienzo de la ceremonia y, a través del tamiz, muy lentamente vertió el agua sobre el recién nacido, a quien la madre frotaba con la mano, hasta que el pequeño quedó así completamente lavado; a continuación se lo entregó a la abuela, quien lo envolvió en una tela, aparentemente para que no sintiera frío. En seguida, Pedro Antonio, siempre a través del tamiz, vertió agua del *kánkudo* sobre su hija, quien se frotó enteramente con las manos y se lavó luego completamente con agua del río, después de haberse quitado muy discretamente el *muwabu* ⁽³⁾ de tela y de haberlo lavado en el

(1) Recipiente hecho con la mitad de una fruta parecida a la calabaza, cubierto interiormente con un barniz negro brillante.

(2) Este nombre genérico se aplica a las embarcaciones indígenas.

(3) Taparrabos o *guayuco*.

río. Una vez terminado este lavado, la madre tomó nuevamente a la niña en sus brazos, subió a la curiara y se sentó en el lugar que ocupaba su padre hasta ese momento. Pedro Antonio, que estaba de pie a su lado continuó cantando durante unos minutos, después de lo cual sopló sobre la cabeza de la madre.

A continuación, Manolo y él soplaron y escupieron hacia el río en el sitio en donde se habían lanzado las brasas y a ambos lados de la curiara. Le tocaba ahora a Andrés entrar en acción: tomó el *kánkudo* y se echó en los pies el agua que quedaba.

De esta manera terminó la ceremonia aproximadamente una hora y veinte minutos después que el cortejo había salido de la casa. Todos regresaron en forma natural y normal, en tanto que la vida del pueblo había seguido su curso ordinario durante toda la ceremonia, hasta el punto de que ni Enrique ni yo nos habíamos dado cuenta de nada, con excepción de los cantos de la mañana.

A mediodía, Pedro Antonio vino a invitarnos a Enrique y a mí. Nos explicó que en la mañana había tenido lugar la primera salida de la niña y cuando le pregunté el sentido general de los cantos, me respondió que su papel era el de espantar los malos espíritus. Fue así como la niña hizo socialmente su entrada en la vida del pueblo. En el curso de la tarde, su joven tía, fue a presentarla de casa en casa, al tiempo que anunciaba a todos que se trataba de una niña.